

RAFAEL CASTEJÓN Y LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO

A poco que ponga uno de su parte, esta ciudad de los sentidos penetra por todos los poros de su cuerpo y lo hace suyo, como hizo suyos al arco visigodo de herradura y al mediopunto romano, fundiéndolos felizmente en la arquitectura califal, una de las más originales que ha producido el arte de todos los tiempos.

Córdoba no tardó en seducirme –lo he dicho muchas veces–. Sus olores, sus rumores, su silencio; la austeridad de su paisaje urbano, su proporción, heredada quizá de aquel cordaje armónico de que hablan los poetas; el álito de estético abandono que preside sus barrios, su gran capacidad de atemperarlo todo, de hacer propio lo extraño; ese toque rural de quienes no han perdido el norte de lo efímero de su condición y buscan el continuo contacto con la tierra... Todo, absolutamente todo, lo que hace singular a esta ciudad, casi pequeña, abarcable y humana, me subyugó desde el primer momento. Probablemente, porque los trabajos de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala me había predispuerto a amarla antes de conocerla.

Llegué a ella por el Sur, desde Lucena, la judía. Apuntaba ya el otoño y mis ojos –lentos aún de la llanura– acariciaban con nostalgia las lomas ocrosas de la Campiña. Ya en lo alto del Puerto de las Mesas me sorprendió la visión de Córdoba: indolente, arrullada por el Guadalquivir, como dormida en la falda de su sierra. Bullía en mi mente todo lo que de esta ciudad había escrito don Rafael y me llegué a ella reverente, con la emoción de quien se sabe cerca de la antigua capital del imperio omeya.

Ya aquí, tuve oportunidad de conocer a aquel hombre realmente excepcional, que ahora recordamos en el centenario de su nacimiento. Como Córdoba, me cautivó de inmediato.

Quiero recordar que la primera vez que vine a la Academia, mediada ya la década de los setenta, lo hice movido por mi admiración a don Rafael, que presentaba una comunicación aquella tarde. El tema de su charla tenía poco atractivo para mí, pues los microbios jamás han estado en el centro de mis intereses.

No obstante, deseaba oír una vez más al hombre que me había revelado la grandeza pasada de Córdoba.

Ni siquiera la aridez del asunto pudo sofocar la brillante oratoria del profesor Castejón, su condición del hábil comunicador y su talento para facilitar la comprensión a quienes, como yo, éramos legos en la materia. Embelesado, seguí los estudios de Louis Pasteur sobre la fermentación láctea, seguramente porque el conferenciante supo motivarme y retener mi atención con un cúmulo de oportunas anécdotas protagonizadas por Napoleón II, la emperatriz Eugenia o Disraeli.

Fue una tarde inolvidable, como tantas otras en las que tuve la oportunidad de escuchar a don Rafael. Recuerdo especialmente aquella en que se presentó en la Academia el libro de los profesores Moreno Gómez y Ortiz Villalba sobre la Masonería en Córdoba. Su intervención para desmentir su supuesta pertenencia a la logia local fue tan contundente como desapasionada y sirvió para que los jóvenes tuviéramos el privilegio de conocer, mediante un testimonio de primera mano y tan cualificado como el suyo, algunos de los sucesos de Córdoba en los años previos a la Guerra Civil. Aquel día y gracias a don Rafael, sentimos la emoción de haber rozado la Historia con los dedos.

Como Director de la Real Academia de Córdoba, tengo el deber de intentar glosar la actividad académica de este gran cordobés que ahora recordamos. Realmente, no es ésta tarea para abordarla en unos minutos. No obstante, intentaremos dar, al menos algunas pinceladas de lo que fue su paso por esta Institución.

Desde su ingreso en nuestra Corporación, en 1915, hasta su muerte, hace poco más de siete años, Don Rafael participó de todos los proyectos e inquietudes de la Real Academia de Córdoba con la vehemencia de los hombres del Sur. Ya en 1923 lo hallamos integrado en la comisión encargada de organizar el III Centenario de la muerte de don Luis de Góngora y plenamente identificado con el anhelo de aquellos esforzados académicos por reivindicar la figura y la obra del autor de las *Soledades*. Éste era tenido entonces, aún en los círculos intelectuales más significados, por poeta maldito. Según dejó traslucir la prensa madrileña, varios miembros de la Real Academia de la Lengua llegaron incluso a calificarlo de “vergüenza del idioma” en una tumultuosa sesión, celebrada el 21 de mayo de 1925.

Basta repasar la crónica del III Centenario de Góngora para advertir el ardor con que don Rafael se entregó a aquella causa, que, según sus propias palabras, no fue sino “un rito sagrado de cordobesismo en el que quiso tomar parte como amante de la tradición y las glorias de su patria chica”. Su trabajo sobre “Los personajes de Góngora” nos viene inevitablemente a la memoria cuando atravesamos la Plaza de las Bulas y nos lleva a recordar con simpatía a los muchachos del barrio: la hermana Marica, Barbola, la hija del panadero que, en su inocente desvergüenza, daba tortas de manteca a don Luis-niño por hacer cochinerías detrás de la puerta.

En 1929 lo hallamos de nuevo plenamente entregado a conmemorar otra efemérides trascendental para Córdoba, que no dejó pasar por alto nuestra Academia. Me refiero al Milenario del Califato, que propició el que don Rafael nos legara aquel espléndido trabajo, titulado “Córdoba califal”, que nos ha permitido a muchos hallar respuesta a la desasosegante pregunta que se formulara Ben Suhayd: “¿A quién pediremos noticias de Córdoba?”. Gracias a este hombre

apasionadamente enamorado de su ciudad, no hubimos de buscar la respuesta en la "Dispersión". Tanto en éste como en otros de sus estudios, salpicados, por lo común, de citas de los escritores musulmanes, don Rafael recreó aquella Córdoba que tuvo la perfección por cordaje de sus pabellones, a los

que jamás pudo tocar la mano del defecto.

Se escondían Gacelas entre muros y cortinas,

—continúa Ben Suhayd—

y se celaba las lunas en los palacios.

El Alcázar de los Hijos de Omeya desbordaba de todo,

y el Califato rebosaba de opulencia.

Al-Zahira deslumbraba con sus cortejos suntuosos;

al-Amiriyya estaba poblada de luceros..."

¿Cómo era Córdoba? —se preguntaba don Rafael Castejón en la conferencia inaugural del Milenario, que impartió en el Instituto de la ciudad el día 21 de enero de 1929— "Córdoba era la Almedina, ciudad aristocrática, lo que ha sido la *villa* después de la reconquista. Lo demás eran arrabales, la Axarquía. En la Almedina, amurallada, residían 400 familias aristocráticas. En la Axarquía estaban los cristianos con su obispo, su conde o gobernador, además de los árabes. Alrededor del Alcázar los judíos y los magnates... Las huertas actuales son herederas de las villas de recreo de los árabes cordobeses: Almunia de los placeres, Almunia deliciosa, nuestra Vista Alegre, Reposo, Quitapesares, de hoy".

La visita a Medina Azahara, tuvo lugar el día 26 "y resultó lucidísima, pues figuraron en ella más de quinientas personas", según recoge la crónica de la celebración del Milenario. La explicación corrió a cargo de don Rafael, quien había dirigido también la visita a Almiría el día anterior. Porque tuvimos la inmensa fortuna de visitar la ciudad palatina de Abderramán III con este guía de excepción, intuimos la emoción de aquellos cordobeses convocados por la Academia al pasear los escombros de la Historia al tibio sol de un sábado de enero y escuchando la voz autorizada y rotunda de don Rafael entre el ronco graznido de los cuervos.

Las palabras de don José Manuel Camacho Padilla rezuman una profunda tristeza al glosar la Semana Cordobesa, promovida por la Academia de 1933 con el objetivo de alentar la investigación de temática local. La actividad distó mucho de contar con la asistencia apetecida. Muchos, entre los que menos cabía esperarlo, volvieron la espalda a la Academia. Don Rafael, que personificó siempre la lealtad y la consecuencia, estuvo, como era previsible, del lado de quienes, por encima de la envidia y las maquinaciones en la sombra, sólo buscaban servir a Córdoba desde nuestra institución. Así, el miércoles, día 3 de mayo, pronunció una conferencia pletórica de erudición y sugerencias evocadoras sobre "La escultura en Córdoba".

En fin, no es posible dar cuenta puntual de la actividad académica de nuestro homenajeado, pues ello supondría historiar setenta años largos de la Institución que me honro en dirigir. Los trabajos de don Rafael, sobre temas tan dispares como la casa del Gran Capitán, los monasterios de la sierra de Córdoba, la villa y el castillo de Santa Eufemia, el Historiador Carlos Rubio, biología de la guerra,

Etnografía comparada, don Juan Valera, etc. aparecen en cerca de cincuenta números de nuestro Boletín, intercalados por sus numerosos artículos sobre la historia, el arte, la arqueología o la topografía de la Córdoba islámica.

Su nombre aflora por doquier en las memorias y noticias de la Academia, y es muy frecuente tropezar con expedientes de académicos y otros documentos de su puño y letra al rastrear nuestro archivo.

Fueron, desde luego, infinitas las horas de trabajo que don Rafael le dedicó a la Academia, antes de ser director de la misma, en el tiempo que la dirigió (1957-1980) y en los años siguientes, en los que culminó su vida académica como Director Honorario.

En las páginas del Boletín, se recogen, asimismo, catorce discursos de contestación a nuevos académicos, publicados entre 1927 y 1981. En ellos, don Rafael hace gala de su talante liberal y su generosidad al glosar los méritos del beneficiario, y concluye, comúnmente, con alguna aportación sobre el tema abordado por éste en su alocución.

Muchas veces he oído contar a los académicos más antiguos la facilidad con que la Academia saldaba sus deudas en aquellos tiempos difíciles, de pocas y flacas subvenciones, en los que nuestra Corporación pudo desarrollar sus programas gracias, en gran parte, a la munificencia de don Rafael. La presentación anual de cuentas se ajustaba, con ligeras variantes, al siguiente rito. Tras hacer balance, el tesorero manifestaba al Pleno que la deuda del año de turno ascendía a varios cientos de miles de pesetas. Nuestro hombre, mostrando sorpresa, preguntaba: “¿Y a quién le debe la Academia tanto dinero?” “¡Hombre –se admiraba el tesorero– pues a quien va a ser, a usted!”. Y don Rafael zanjaba la cuestión aseverando: “Desde momento, la Real Academia de Córdoba no debe nada”.

Fluyen a mi mente anécdotas y recuerdos entrañables, que he de reservarme para no alargar en exceso esta intervención. Todos ellos subrayan la altura intelectual y humana de este gran hombre, que, entre otras muchas cosas, es hoy para mí fuente de desasosiego, porque me fuerza a sentirme infinitamente pequeño para servir a la Academia desde el puesto que él desempeñó de modo insuperable.

Don Rafael, por su condición de humanista, fue, sin duda, un director paradigmático para una Academia General, como es la nuestra, al que difícilmente podría encontrársele sustituto en nuestro tiempo. En esto, como en casi todo lo que hizo, rozó la perfección.

Siempre admiré profundamente –no tengo otra manera de admirar– a don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, desde que lo conocí indirectamente, a través de sus escritos, hasta el día de su muerte. Su porte digno y señorial, su verbo fácil, pausado y sentencioso, su trato cordial, su apasionado sentir, su generosidad, su tolerancia, su vitalidad, su juventud,... fueron para mí fuente permanente de fascinación; y, en contra de lo que suele ocurrir, mi admiración creció al acortar distancias.

Su última lección la recibí pocos días antes de su muerte. Había retrasado una visita que anhelaba, por el doble temor de atentar contra la dignidad y a verme forzado a recordarlo de manera distinta. Llegué a la casa de Martínez Rükler, con Joaquín Criado, a la caída de una tarde de junio. Las macetas regadas del patio destilaban el agua sobrante, mientras Manolita Orti nos daba noticia de la evolu-

ción del enfermo. A poco, llegó Pepita –tristemente desaparecida también hoy– y nos dijo que don Rafael deseaba vernos. Entramos los cuatro en la alcoba. Allí estaba él, recostado en la cama con la dignidad de un patricio romano, lúcido, quizá algo demacrado, pero extraordinariamente tranquilo. Nos preguntó por la Academia y cuando le hablamos de las actividades programadas para el final del curso, nos dijo: “Eso lo vereis vosotros, mi ciclo vital ha concluido”. La seguridad y la contundencia de sus palabras hizo inviable cualquier intento de contradecirle. Nos obligó a aceptar su muerte con la misma naturalidad que él la aceptaba. Cuando volvimos al patio, el calor había desvanecido los regatos del agua.

Vivió cerca de noventa y tres años –casi veinte más que Medina Az-Zahara– pero, en esta ciudad de vocación eterna, devoradora del tiempo y de los hombres, su vida, larga, intensa, fecunda como pocas, se me antoja un suspiro. Quisiéramos haberlo retenido para gloria de Córdoba, para seguir gozando de su incomparable magisterio, del caudal inagotable de su ciencia, de su saber estar...

Como él mismo dijera de la ciudad palatina de An Nasir, su paso por la patria de Osio fue “un espléndido sueño, inmenso, febril y breve como un delirio de calentura, tuvo la fugacidad de una flor”.

Hoy, cuando aún nos embriaga su fragancia, su polvo se funde ya con la tierra de Córdoba, y busca el esponjarse en arriates de jazmines. Algún día –hecho verdor– habrá de remontar el muro excelso. Confío en que, llegado el momento, los vientos del mañana lo impulsen a florecer ahí mismo, cerca de la Puerta de Almodóvar, en la calle Cairuam. Deseo que sople sobre él la misma brisa que se enreda en los pliegues bronceos de la toga de Séneca y acaricia el turbante de Averroes, quiero que alcance a asomarse a la escueta plazuela de la calle Judíos para ver a Maimónides. No me cabe la menor duda de que es ahí, entre los tres filósofos señores del mundo romano, árabe y hebreo, en el Olimpo de los sabios de Córdoba, donde tiene su sitio don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, porque, en este tiempo en que la especialización nos lleva fatalmente a la incultura, ha sido uno de los más preclaros ejemplos del humanista, del sabio enciclopédico a la antigua usanza, del hombre pleno.